



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	017
EXP.	110
DOC.	0002
FOJAS	6-10
FECHA (S)	2002

PRESENTACIÓN DE LOS TOMOS III Y IV DEL VOLUMEN 2 DE  
*LA PINTURA MURAL PREHISPÁNICA EN MEXICO*

Beatriz de la Fuente  
Coordinadora del Proyecto  
*La pintura mural prehispánica en México,*  
Investigadora Emérita del  
Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

Compañeros y amigos:

En pocos países, como en México, tiene la pintura mural un arraigo tan profundo y una tradición de siglos. Ornar las paredes, registrar en ellas los hechos definitivos de nuestra historia, retratar a la gente, representar a los dioses, ha sido entre nosotros algo consustancial: el muro es el lienzo favorito de los mexicanos, su libro ilustrado, su cantar de gesta a pincel. Y al decir esto, no me remito nada más al -merecidamente- afamado “muralismo mexicano”, que desde los años veinte, y durante décadas, en el siglo ya pasado, hizo de los muros una escuela popular, crónica de las esperanzas y los dolores de nuestro pueblo. Me refiero también, unas centurias más atrás, a la hazaña pictórica de los frailes evangelizadores, que durante el siglo XVI cubrieron con ardor kilómetros cuadrados de pared con asuntos hagiográficos y piadosos, con pasajes bíblicos, con testimonios

aparicionistas. Y, por supuesto, estoy pensando en la pintura mural prehispánica, que es de las tres la más desconocida y olvidada.

El arte mural de los antiguos mexicanos es fascinante. Cuando se ha tenido el privilegio de acercarse a él, como hemos hecho los autores de la obra que presentamos, de adentrarse en sus misterios, de descifrar lo que ahí se narra, de descubrir las técnicas que se utilizaron en su ejecución, el deslumbramiento es mayor. Si de verdad queremos entender la sensibilidad de los pueblos mesoamericanos, y rastrear los datos de su historia, de su cosmovisión y de su orden social, la pintura mural no es menos importante que otras manifestaciones culturales, como la arquitectura y la escultura, que han tenido tradicionalmente una atención más puntual. El muralismo antiguo de México también tiene sus obras cumbre: Bonampak y su epopeya guerrera, los colores exquisitos con que se expresaba una ciudad a punto de perecer; Cacaxtla y su fasto de dioses y sacerdotes y nobles; Teotihuacán y sus delirantes visiones del mal llamado Tlalocan. Pero además de estos ejemplos egregios, hay, regados por toda Mesoamérica, restos de pintura mural que merecen estudiarse y preservarse.

Los tomos III y IV del segundo volumen de *La pintura mural prehispánica en México*, dedicados al mundo maya más allá de Bonampak, es un muestrario de obras valiosas pero poco conocidas de un pueblo al que se le reconoce universalmente por su originalidad y

su creatividad artística. Acaso ninguno de los murales catalogados en estos libros sea tan impactante como los ya mencionados (en parte porque su estado de conservación con frecuencia es lamentable), pero todos son, además de vestigios artísticos, documentos únicos. La pintura entre los antiguos mesoamericanos no sólo cumplía un fin estético: también era relación histórica, registro de batallas y dinastías, representación de concepciones cosmogónicas, crónica de la vida cotidiana, recuento de la flora y la fauna de carácter simbólico, así como indicadora de la sabiduría acerca de lo que acontece en la bóveda celeste. Y la pintura no es solamente de imágenes de la naturaleza, sino que se extiende e incorpora el vasto mundo de las inscripciones jeroglíficas.

Por ello, por la complejidad que expresa, era urgente estudiarla desde los más variados puntos de vista y con las herramientas más diversas. Puedo decir con orgullo que todas las colaboraciones que conforman estos tomos son el resultado de discusiones profundas y acuciosos trabajos de campo de autores que provienen de distintas ramas de las ciencias y las humanidades, que se avocaron con ejemplar entrega a un tema que aman. Investigadores respetados todos ellos dentro de sus disciplinas, sean éstas la historia, la historia del arte, la arqueología, la arquitectura, la restauración, el diseño gráfico, o bien, las ciencias duras, como la biología y la astronomía.

Ha sido una aventura extraordinaria, en verdad, una empresa intelectual maravillosa fundamentada en la sensibilidad que permite acercarse a la obra de arte. Estos tomos, cuya extensión a mi misma me sorprende (ya suman seis y todavía nos faltan varias etapas del proyecto), son el producto de un trabajo colectivo, de reuniones semanales de seminario, caracterizadas por su rigor y su apego al análisis pormenorizado. La comprensión de los datos disponibles no siempre fue fácil y la discusión misma a veces era demasiado apasionada, pero no podía ser de otro modo: era la pasión de más de veinte personas trabajando sobre temas en los que se nos ha ido la vida entera. Gracias a ello hemos podido avanzar en el discernimiento de las técnicas empleadas en los murales, en su estudio compositivo, en la dilucidación de los rasgos que caracterizan sus estilos regionales y locales.

Debo decir que un trabajo multidisciplinario de tal magnitud no se hubiera podido realizar sin el estímulo y la cobertura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Quiero agradecer aquí esa generosidad, y, asimismo, reconocer el apoyo que nos brindó por su parte el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Con ello, tanto la UNAM y el INAH se refrendan como instituciones que han jugado un papel crucial en la conformación de la conciencia histórica de nuestro país, con un compromiso auténtico con la preservación de nuestro patrimonio cultural.

Queda mucho por hacer, claro está. En el seminario lo sabemos y son justamente los retos de esa tarea compleja lo que nos estimula. Nos anima también ver el fruto de dichos trabajos concretados en estos volúmenes espléndidos, ilustrados por fotógrafos y dibujantes de primer nivel y realizados por diseñadores e impresores sumamente profesionales. Una edición así de cuidadosa tampoco habría sido posible sin la tenacidad y la capacidad de Leticia Staines Cicero, a quien, como siempre, le tributo mi gratitud invariable.

Debo dar las gracias además a las personas que laboran conmigo en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, a su personal académico y administrativo por su apoyo constante. Desde luego a su directora, María Teresa Uriarte, miembro del seminario.

Finalmente –pero quizá en primer lugar-, a los lectores curiosos y a los amantes de nuestro pasado, cuyo interés por estos trabajos ha sido el aliento que necesitamos para seguir adelante.

Mil gracias a todos ustedes.

Junio 14 de 2002